

Via Lucis

Pedro García Cabrera

Un camino. Un camino oscuro. Un camino oscuro y después... luz.

Una rana croa, un cuervo alza el vuelo, una hoja cae. El sonido de las herraduras impactando con el suelo retumba por todo el valle. Se suceden una tras otra, pausadamente, como si toda la eternidad tuviera su dueño para avanzar. Lento es en verdad su andar, que más se parece al arrastrarse de un depredador presto a acabar con su presa, que al trotar de un raudo corcel.

Alrededor todo era silencio. Silencio, sí, ese silencio que precede a la tempestad. Hollaba un camino sinuoso, situado en lo más hondo de la separación entre dos largas montañas, de picos escarpados, ensombrecidos por unas nubes que presagiaban tormenta. A ambos lados del camino había árboles, pocos, pero firmes como la más dura roca, algunos incluso tan duros como para competir con el mejor de los aceros; pues en estas tierras ásperas era necesaria tal voluntad para perdurar. Había, además, un sinfín de enredaderas, superpuestas unas sobre otras cual redes de pesca, luchando por no caer de las angostas paredes que sostenían las inconmensurables montañas.

En semejante ambiente se encontraba el Viajero. Conocido así por las tierras del norte, recibía multitud de nombres, otorgados muchas veces tras llevar a cabo una de sus tantas hazañas. En lengua común se le conocía como el Caminante, en el lenguaje animal lo llamaban E'laniu, y en la lengua de los demás seres que habitaban tan vasto mundo se le concedía el nombre de El Buscador. De igual manera se le conocía en todas las tierras del sur, mientras que en el oeste lo denominaban el Elegido. Allá por el este no recibía nombre alguno, pues desde tiempos inmemoriales estas tierras vivían a la sombra del mundo, por causas que escapan al entendimiento: únicamente es por todos conocido que quien marcha en su dirección, ya sea por curiosidad o necesidad, por soberbia o por demencia, no regresa jamás; y es por ello que en posadas y tabernas se evita a todo aquel que saque a colación tal tema.

Nadie sabía, ciertamente, cuál era su verdadero nombre, salvo su hermano, el único superviviente de su extinto linaje. Ninguno de ellos tenía descendencia, ni se esperaba que la tuvieran, pues carecían de esposa, y no parecían individuos dados a reposar en lechos ajenos. La gente decía que estaban consagrados a causas mayores, causas que requerían un sacrificio inimaginable, y que tal hecho no les permitía tener familia alguna, pues estarían faltos de atención, o que, tal vez, portaran marcas del pasado que no les permitiesen avanzar.

Precisamente esto es lo que buscaba el Viajero, avanzar. Durante toda una eternidad había hollado este mundo, pero cada año por esta misma fecha llevaba a cabo este idéntico viaje. Se hallaba camino de su tierra natal, de su patria, donde su existencia cambió cierto día, de un modo que le resultó imposible evitar.

El angosto y tétrico desfiladero tornaba a su fin, y ya se comenzaban a atisbar indicios de un cambio en el entorno. Todo empezaba a oscurecerse, y no se contemplaba nada salvo una yerma extensión de tierra cenicienta y mustia, pues hacía ya mucho tiempo que habían desaparecido los últimos vestigios de vida alguna. Como cada vez que alcanzaba este punto del trayecto, comenzó a visualizar aquellos sucesos acaecidos incontable tiempo atrás, y que habían de definir su extensa vida. Tales hechos tuvieron lugar en una época que la memoria no alcanza a recordar, pues mucho se perdió entonces, y pocos quedan ahora para recordarlo. Siempre empezaba de la misma manera...

Era un día como otro cualquiera en el lento andar de nuestro mundo, de mediados de primavera, para todos, salvo para mi pueblo, pues era la víspera del regreso de mi amado hermano, que volvía a casa después de largos y extensos años de estudio en las lejanas fronteras del reino, tras haberlos finalizado con éxito. Escasos eran los habitantes de nuestro pueblo, Staccio, que tenían estudio alguno, y por ello su regreso constituía tan noble motivo de júbilo. Llevábamos semanas preparando tal festejo, que, según las previsiones de mi padre, y a juzgar por la cantidad ingente de comida y bebida que habíamos logrado reunir, duraría 3 días y 3 noches. Yo estaba entusiasmado con la idea de volver a verle, y para mantener a raya los nervios, salí a buscar setas para condimentar la cena.

Nuestro pequeño pueblo se hallaba en medio de un inmenso bosque, cual diáfana gota de agua en el seno de un lago, y digo gota de agua porque nuestras casas habían sido construidas con aquello que la naturaleza nos había provisto. Cuentan que cuando nuestros tatarabuelos eran aún unos niños, y llegaron junto con sus padres a este perdido lugar en el este del mundo, el bosque los maravilló tanto que se negaron a tomar nada que no les fuera entregado, ya que venían huyendo de una tierra en la que los hombres tenían por costumbre acabar con sus semejantes, pues casi habían logrado acabar con los demás seres que los rodeaban. Durante un tiempo indefinido vivieron a la voluntad del tiempo, recolectando aquellos frutos que encontraban a su alrededor, sin dañar nada de la madre naturaleza, hasta que algo extraordinario sucedió. En el albor de un día de otoño se hallaba el que sería el primer alcalde de nuestra comunidad, Quevenson, dando gracias por tener la oportunidad de ver nacer un nuevo día junto a su familia y amigos, en un ambiente de paz y tranquilidad, cuando escuchó una voz en su interior que le instó a seguir la dirección de la caída de las hojas, prometiéndole que al final encontraría un lugar que su mente no llegaría jamás a imaginar. Tan grande fue el gozo de tal revelación que se dispuso al momento a llevar a cabo su empresa, olvidando avisar a los demás de sus descubrimientos. Varios días estuvo desaparecido, y varios días lo estuvieron buscando sin descanso, mas al fin, transcurridos 6 días desde su partida, reapareció, diciéndoles que había encontrado un lugar donde vivir y refugiarse de las inclemencias del tiempo. Los guió a todos hacia ese destino, y cuando llegaron allí contemplaron un pueblo de extrema belleza, pues parecía que el bosque se había moldeado para ellos así. Nunca se supo cómo se construyó, pues según Quevenson ya estaba de ese modo cuando él llegó. Posteriormente, los arreglos necesarios se realizaron con la madera que la floresta desechaba.

En mi búsqueda de setas llegué a mi sitio de recreo preferido, que si mal no recuerdo era el mismo lugar donde los fundadores del pueblo habitaron a su llegada al bosque. Era un claro con un manantial en su extremo izquierdo, rodeado de dragos milenarios. Yo, a diferencia de mis amigos y mi familia, no amaba la naturaleza, pues estaba hastiado de contemplar siempre lo mismo, y soñaba con hacer algo grande, algo que el mundo recordara eternamente, y para cuyo fin creía necesario partir a las tierras más allá del bosque, aquellas a las que había acudido mi hermano, y que según los sabios del pueblo no merecían la pena, pues en todas ellas no existía nada digno de llamarse hermoso. A pesar de todo esto, tenía un árbol preferido, y este era, como no, el Drago. Mi gusto por él se remonta a cuando tenía 4 años. Estaba con mi hermano, Eric, huyendo de la cólera de mi padre, pues sin maldad alguna derramé un vaso de leche sobre un libro que había adquirido recientemente, tras arduos regateos con el vendedor ambulante que visitaba cada año nuestro pueblo, cuando chocamos contra un obstáculo. Al alzar la vista vislumbré una indefinida cantidad de ramas, distribuidas en multitud de hileras, que terminaban en unas flores blancas cual nieve invernal, salpicadas de un líquido rojo profundo que provenía de un corte en su base. Mi hermano me ayudó a levantarme, y ante mi asombro, me explicó que contaban las leyendas que los dragos eran en realidad vestigios de criaturas míticas que habían existido en tiempos remotos, los dragones. Me atrajo tanto la idea, que a partir de ese entonces cada vez que me hallaba triste y desolado acudía allí a refugiarme de mi realidad, pues pronto descubrí que si buscabas bien se podía hallar una entrada a una especie de escondrijo.

Localicé con extrema facilidad las setas, no en vano llevaba haciendo lo mismo desde hacía 5 años, momento en el que alcancé las 12 primaveras, y a partir de cuya edad se me consideraba capaz de ayudar en tales asuntos. Como quedaba aún cierto tiempo para el anochecer decidí ir a mi refugio a descansar un rato de las últimas semanas, en las que no había tenido apenas un respiro, con tanto ir y venir. Aparté los matorrales que cubrían la entrada, y penetré en el interior del drago, entre sus majestuosas raíces. Me recosté, y cerré los ojos, perdiendo la noción del tiempo y de todo a mí alrededor.

Desperté con un zumbido similar al de una colmena de abejas que estremeció por completo mi ser, al que siguió un estallido que me aturdió por espacio de unos minutos. Cuando recuperé el control de mi cuerpo, me precipité al exterior del drago para averiguar qué había ocurrido. Mi vista tardó muy poco en adaptarse a la escasa luz que emitía el lento atardecer, pero me negaba a aceptar lo que mis ojos veían, por lo que permanecí un tiempo parado en el mismo sitio, totalmente abrumado. A mí alrededor todo era caos y destrucción. La hermosa arboleda que me rodeaba antes de que entrase en el drago había desaparecido. El dulce cantar de los pájaros ya no se escuchaba, había, también, desaparecido. Por mucho que miré no hallé nada que diera síntomas de estar vivo, y, superado el lapsus que me supuso tan horrible visión, decidí ir al pueblo a averiguar si mi gente se encontraba bien.

Corrí sin descanso, resuelto a alcanzar mi meta en el menor tiempo posible. Mientras avanzaba, no encontraba más que desolación a mi paso, hecho que interpreté como un mal presagio. Tras una larga y extenuante carrera, llegué a la entrada del pueblo, y al

momento todas mis esperanzas se hicieron añicos. No había un alma viva en toda su extensión, y por mucho que busqué no hallé cuerpo alguno, solo cenizas. Continué escudriñando cada rincón durante un tiempo que me pareció interminable, hasta que al fin encontré dos anillos, las alianzas de mis padres, uno junto al otro. Al menos, permanecieron juntos hasta el final. En ese momento me derrumbé, y comencé a llorar a raudales, pues no entendía nada de lo que había pasado, salvo que había perdido todo aquello que amaba, y que me encontraba solo ante tal hecatombe.

Cuando había exprimido toda el agua que tenía en mi interior a través de mis ojos, me levanté y procedí a trasladarme junto con el terrible peso de mi desgracia al único lugar que sabía no había sucumbido al desastre. No sé cuanto tardé en llegar, y, la verdad es que no me importó, pues caí rápidamente preso de un extraño sueño plagado de viajes inquietantes a lugares desconocidos y extravagantes.

Abrí los ojos rodeado de una niebla misteriosa, una niebla que no había contemplado jamás, una niebla que parecía salida de la boca de aquello que mi hermano me había nombrado en alguna ocasión, aquello a lo que llamó volcán. Intenté averiguar qué hora del día podía ser, y deduje que era una hora próxima al amanecer. Permanecí tumbado un rato más, hasta que observé una silueta que parecía un hombre aproximándose. Me levanté raudo, veloz, preso de un sublime éxtasis de ver a otra persona aparte de mí en aquel inhóspito lugar, albergando la esperanza de que fuera alguien conocido. Con la misma rapidez se desvaneció dicha esperanza, puesto que se trataba de un hombre que nunca había visto. Era un hombre adulto, más o menos apuesto, de tez morena, cubierto por una capa color crema de pies a cabeza que no permitía vislumbrar mucho más acerca de su aspecto, salvo una larga cabellera rojiza, perfecta. Fui consciente de que al mirarme no halló en mí más que desilusión, mas su rostro no mostró sentimiento alguno, ni siquiera aunque mi aspecto resultara un tanto horripilante, pues me hallaba bañado en savia de drago, que debió caer a lo largo de la noche sobre mí. Solamente cuando se dispuso a hablar cambió de semblante, mostrando una profunda y verdadera compasión.

-Entiendo que ahora mismo te halles desolado y perdido, pues has sufrido una gran pérdida, al igual que el mundo, y que necesitas respuestas. Por eso estoy aquí, para dártelas- dijo con una voz solemne-. Esto que ha sucedido es obra de tus congéneres, fruto de sus avances tecnológicos. Lo más probable es que esta tierra nunca se recupere, pues la infección que ahora la corroe es fuerte y tenaz, y resistirá cualquier intento de ponerle fin, a ella y a sus secuelas. Mas me temo que tu tierra no será la única que sufra sus consecuencias, y eso me aterra, ya que la humanidad se aproxima cada vez más a su destrucción, al no darse cuenta de que para existir es necesaria la convivencia, entre ellos, y en especial con los demás seres vivos del planeta. Esta destrucción parece que ha impactado a aquellos que la ejecutaron, mas no tardará en llegar mucho el momento en que cometan otra atrocidad. Por ello es necesario que entiendan su error, y cambien su manera de actuar y de vivir. Me he encontrado con alguien que creo que es tu hermano de camino hacia aquí, y ha partido raudo a intentar cambiar las cosas- mientras el extraño viajero decía esto último, rompí a llorar de

alegría, pues ya no estaba solo en un mundo ahora desconocido para mí-. ¿Cómo te llamas, joven?- me preguntó, tras esperar a que me calmara.

- Alnarau, señor –dije entrecortadamente.

- Bien Alnarau, ahora que sabes cuál será nuestro final si no se hace nada para remediarlo, estás preparado –dijo mientras me sonreía benévolutamente-. Te confío la luz del mundo –y, a continuación, tras depositar algo diminuto en mi mano, desapareció de mi vista entre la niebla de la que había salido.

Cuando bajé la mirada y abrí la mano, sonreí de oreja a oreja, pues la esperanza renació en mí. No todo estaba perdido aún. Lo que me legó aquel insólito individuo en lo que había sido el corazón del bosque, aquello sobre lo que se sostendría dentro de un tiempo lejano el planeta, era, una semilla de drago.